

La calle para el jueves tres de mayo de 2007
Diario de un espectador
Andrés Iduarte
por miguel ángel granados chapa

Hace cien años, el primero de mayo de 1907, nació en San Juan Bautista, hoy Villahermosa, Andrés Iduarte, escritor tabasqueño, una de las mejores y sin embargo de las menos apreciadas plumas de nuestra literatura. El próximo domingo serán recordadas su vida y su obra, en una mesa redonda en la sala Manuel M. Ponce, con el talento y el brillo de Hugo Gutiérrez Vega y de Vicente Quirarte, y con la presencia de este espectador. Con ese motivo, el lunes expondremos aquí algo de lo que diremos entonces acerca del prosista cuyo centenario festejamos. Pero hoy y mañana daremos lugar a su estilo, en dos géneros distintos, la narración autobiográfica y la semblanza, el retrato, artes para los que estaba especialmente dotado.

He aquí, hoy, el recuerdo de sus primeros años, tal como aparece en *Un niño en la revolución mexicana*:

“Yo nací, como bulto humano, en una callecita empinada, que fue mi primer panorama. Nací en una casa de la loma de la Encarnación, en una vía casi vertical —para mis ojos de niño— del centro de la villa. Mi patria, hasta los tres años, fueron aquellas ventanas de gruesos barrotes; la casita obrera de don Adela Mondragón que estaba enfrente, entre la del jefe político, don Nicolás Pizarro, en lo alto de la loma, y la grande y azul, de la familia Cantoral, que hacía esquina con la calle de Sáenz; el edificio del telégrafo —una casa de paredes rojas y repujadas, de la que decía yo que había tenido las viruelas—, que colindaba con la mía al descenso de la cuesta y, por otro lado, una huerta misteriosa que me hacía señas desde la copa de sus capulines, cuyas ramas rebasaban una alta pared y techaban mi patio.

Era una casa la mía sencilla y casi pobre, con esa falta de lujo y de comodidades y esa exquisita limpieza de las provincias costeñas de México. A mí me gustaba mucho; me gustaba ver la empinada calle desde las ventanas, hacer excursiones a un cuarto abandonado en que mi papá guardaba un espadón viejo y varias escopetas, ir al patio y asomarme al brocal de un pozo muy hondo que reproducía mi imagen y que me acariciaba con un chorro de frescura, pegar mi frente al tinajero pintado de verde que estaba en un rincón del comedor, medio nadar todos los días en una pila muy grande que había en el baño, o tomarlo en una gran palangana que llenaba yo de pescaditos y patos y barquitos de hule, bajo la sombra de los capulines...Allí me bañaban, creo, en los días de más fuerte calor, al declinar la tarde. Y he callado mi mayor placer, tenderme a la entrada de la casa, en las negras baldosas del corredor, cuyas puertas abiertas dejaban pasar el aire, y poner en ellas las mejillas, una tras otra, y el pecho y luego la espalda, buscando fresco, huyendo de aquel calor sofocante.

Mi mundo humano era todavía mejor: mi padre, mi padre, mi abuelita materna, mis tres hermanas, mi criada Paula, mis tíos Matilde, Carlos y Consuelo Foucher...y una cotorrita pertenece también a él, no menos que mis familiares.

Mi papá tenía una cotorrita muy chiquita, pero con pasiones de mujer. Cuando volvía del juzgado, la cotorrita, desde los barrotes de la ventana, lanzaba un grito estridente y bajaba a toda prisa. En la mesa, se colocaba siempre en una esquina, entre mi papá, que ocupaba la cabecera, y mi mamá, que se sentaba a su derecha. La cotorra permanecía allí vigilante, lista para lanzarle un picotazo si se atrevía a acercar su mano a la de mi papá. Y para que nosotros pudiéramos besarlo o cabalgar en sus piernas, era necesario que Paula, o Inés, o Lorenzo, o cualquiera de las criadas se la llevaran.

--¡La maldita cotorra....!—gruñía Paulsa—un día de estos le retuerzo el gañote.

Acabado el almuerzo, mi papá se levantaba pausadamente y se dirigía a su cuarto, para dormir la siesta en su hamaca de hilo”.